

O. Compl. 1906

LA NACIÓN. B. Aires LA NAC

2-64

ESPAÑA SUGESTIVA

ZAMORA

SALAMANCA, septiembre de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

España está, en su aspecto pintoresco, por descubrir aún, en su mayor parte. Los turistas y viajeros apenas visitan sino unas cuantas ciudades, tres sobre todo: Granada, Toledo y Santiago de Compostela. Fuera de ellas, las que están situadas en la ruta de las grandes vías férreas: Burgos, Valladolid, Avila, Segovia, Zaragoza, etcétera, etc. Quedan siempre ó casi siempre, sin visitarse, los pueblos algo apartados de las grandes vías, sobre todo cuando no han tenido la suerte de que se llame la atención sobre ellos. Y acaso sea mejor, pues los pocos que los visitan no se ven asediados por los molestísimos *cicerones*, ni explotados por fondistas y vendedores de curiosidades.

Y si España es todavía tan poco y tan mal conocida en su aspecto pintoresco—lo que á este respecto corre por ahí no son, de ordinario, sino disparates—débese á la falta de escritores de mérito, amenos á la vez que concienzudos, que la descubran á los curiosos amantes de esas cosas. España no ha tenido todavía para el público de lengua inglesa, que es el que más viaja, un Ruskin ó un Symonds, como los ha tenido Italia. Y si hay una concurrencia tan grande de turistas ingleses y yanquis en Granada, se debe, ante todo y sobre todo, á Washington Irving, que la ha popularizado revistiéndola con los colores románticos y un poco fantásticos de la morería novelesca.

La hermosura de las ciudades y los sitios históricos, lo mismo que la del paisaje, es, en gran parte, un efecto de sugestión literaria. Los literatos, los poetas sobre todo, han enseñado á las gentes á ver la hermosura de sus propias habitaciones, y por ende, á amar éstas. Rousseau descubrió á muchos los Alpes, y Chateaubriand la América del Norte. Y en este respecto las pocas tierras han necesitado más de la labor sugestionadora de literatos y poetas como la austera y parda llanura castellana. La solemne y grandiosa hermosura de ésta no es de las que entran desde luego por todos los ojos en los espíritus todos; sucede con ella algo parecido á lo que sucede con la música de Wagner por contraposición á la antigua música italiana.

Son muchos mis paisanos los vascos ú otros moradores de la región cantábrica española—Santander, Asturias y Galicia—que se sorprenden de que me gusten estas reposadas y vastas llanuras, en que casi todo es roca, y donde tan á menudo hay que atravesar vastos páramos, donde apenas descubre el ojo alguno que otro toque de verdura. Y les sorprende aún más cuando les digo que aquellas nuestras tierras—con excepción acaso de la región de los picos de Europa, entre Asturias y Santander, y parte del Pirineo, hacia Roncesvalles—son más lindas que hermosas, y como aquella frase de los artistas franceses: *tout le joli est vilain*, todo lo lindo es feo. Aquellos paisajes de nuestras tierras—suelo decirles—tienen con frecuencia no poco de los nacimientos de cotón; se ve que aquellas casitas blancas, con su tejado rojo, que se destacan sobre un fondo verde, han sido puestas allí por mano del hombre, mientras que aquí, en Castilla, estos pueblitos terrosos, perdidos en medio del páramo polvoriento, parecen eflorescencias ó levantamientos espontáneos del terruño, consubstanciales con éste. Todo es aquí de color de tierra, los pueblos, los hombres y los trajes de éstos.

Todo esto, sin embargo, que sonaba á extraño y paradójico no hace aún muchos años, va entrando poco á poco, merced á la labor de sugestión literaria, en la conciencia general. Teófilo Gautier hizo mucho en tal respecto, y últimamente Núñez de Arce con su *Idilio*, y aun más reciente Gabriel y Galán. Creo haber tenido también, en ello, mi parte.

Cuando llegué á esta Salamanca, de donde escribo, ahora hace quince años, eran muchos los salmantinos á quienes oía hablar de lo fea, árida y monótona que es esta tierra y ponderar las bellezas de la mía y otras parecidas, y desde entonces acá he podido notar que aumenta el número de los que van aprendiendo á mirar y ver la hermosura de la tierra en que habitan, y á quererla, por lo tanto. Y no es poco lo que esto significa.

En cuanto á viejas ciudades que guarden joyas artísticas y recuerdos históricos, esta ciudad de Salamanca es una de las más favorecidas de España y de las que gozan de más nombradía. Apenas hay día en que no la visite algún turista, y el número de éstos aumenta sin cesar. Pero, no le sucede lo mismo á la vecina ciudad de Zamora, tan hermosa y tan interesante para quien ame la arquitectura y el paisaje graves y severos.

En cuanto un curioso sabedor de la historia y de la literatura españolas se acerca á la ciudad del Duero, viénesele á las mientes al punto el recuerdo de Da. Urraca, del Cid, del rey D. Sancho y del traidor Bellido Dolfos, que mató al rey á las puertas de Zamora. En cuanto se da vista, desde el tren que nos lleva de Salamanca á Zamora á esta hermosa ciudad, tendida en una larga loma, orilla del Duero, le cantan á uno en la memoria aquellos versos del *Auto romance* que dicen:

Allá en Castilla la Vieja
un rincón se me olvidaba;
Zamora había por nombre,
Zamora la bien cercada;
de un lado la cerca el Duero,
del otro Peña Tajada,
del otro la Morería
¡una cosa muy preciada!

Y en mi vida olvidaré un día en que la ví desde el puente de hierro sobre el Duero, á la caída de la tarde, cuando el sol, enrojeciendo el ocaso, se ponía por detrás del cimborrio de su vetusta catedral, de aquel cimborrio que, recubierto como está con una capa de blanca cal, parece una cúpula bizantina, una visión del Oriente. Y al lado la robusta torre cuadrada, aquella severa torre románica, con sus ventanas en racimo—tres en lo más alto, dos más abajo, y más abajo aun una, por cada lado—tes-tigo de siglos de reposo tras siglo de combate y que, en las noches de luna parece, á la unción de la celeste lámpara nocturna, perder su materialidad y como si las viejas piedras, doradas por soles seculares, se libertaran para vivir en el mundo del ensueño.

Y desde aquel mismo puente zamorano, sobre el Duero,iqué lección fundamental y preliminar de historia de España! Porque va por allí el Duero casi siempre rojizo, turbio, enfangado. Sáquese un metro cúbico de aquella agua, déjesele reposar, véase el pozo de tierra que allí queda, afórese el agua que el río lleva y cabe calcular la enorme cantidad de tierra vegetal que arrastra cada año el poderoso río hasta el mar ó á depositarla en su desembocadura, allá en Oporto. Y esto un año y otro y un siglo tras de otro siglo. Y luego vuélvase el estudioso á la meseta y vea á la recia encina, toda ella corazón, levantar, como flor de piedra, su verdura perenne, entre berruecos, en un terreno cascajoso ó rocoso, en una tierra toda ella corazón también, corazón de piedra, corazón de hueso, y se verá cómo este interior de España, donde afloran á sobrehaz las entrañas pedernosas de la tierra, es una meseta lavada y desollada por aguas seculares. Y esta es, sin duda, la primera lección de historia de España.

Y desde aquel puente sobre el Duero, después de haber contemplado las aguas rojizas del río, meditando en ello, levanté la vista á ver ponerse el sol, en un cielo rojizo, sobre la catedral fortaleza y pensé en la relación que había entre ambas cosas, entre ese río que arrastra la riqueza de la tierra y esas catedrales que nos recuerdan escenas de sangre, escenas rojizas también, pero de un rojo trágico.

Incluido en O. C. Nueva Edición, Tomo I PAISAJE



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USAL ES

Y entrando ya en la ciudad ¡qué encanto el de sus Iglesias románicas, robustas y recogidas, severas y rudas! Salamanca es una ciudad del Renacimiento, toda ella afiligranada, toda ella llena de una profusión de labores platerescas en sus piedras doradas. Zamora es más ruda, más fuerte, más ingenua, más campesina y á la vez más belicosa.

Sus piedras—que es lo que aquí más vive, casi lo único que vive de veras—se asientan con más desgaire y más autonomía, mostrando muy bien sus junturas, sus aristas desgastadas. Y el sol las enciende con un dorado menos fino, menos suave que el salmantino. Fueron piedras menos dúctiles á la labra.

¡Qué baño sedante para el espíritu el de pasearse por estas viejas ciudades, dormidas bajo el cielo, y donde nos envuelve la poesía del pasado! Porque sólo lo pasado es poético, sólo es poético lo que ha vivido, lo que ha sufrido y venció al sufrimiento. Sólo es poético lo que lleva en sí cristalizado el dolor como lo llevan esas venerandas piedras viejas á cuyo pie soñaron los abuelos de nuestros abuelos.

Los pueblos nuevos, los pueblos de ayer, guardan con veneración y como preciadí-

simas reliquias sus recuerdos de hace un siglo, la casa en que se dió el grito de independencia, el árbol bajo el cual durmió el caudillo la víspera del combate decisivo, y los pueblos viejos dejan caer y arruinarse sus viejos recuerdos haciendo buena la profecía virgiliana: «etiam ruinae perieres», hasta las ruinas perecerán. Y es que el pasado les pesa, es que necesitan del olvido para poder conservar sana la memoria, es que nacen cansados por el peso de los siglos. Así un recién viudo guarda con religiosa piedad las prendas que fueron de la mujer que acaba de perder, mas poco á poco las va olvidando y perdiendo y si se vuelve á casar sirven ellas para adornar y ataviar á su segunda compañera.

En España se enfría y apaga el culto al pasado, pero no es para encenderse el culto al porvenir. Ni cabe el uno sin el otro. Las esperanzas se fraguan con recuerdos; es el recuerdo la cantera de donde sacamos la esperanza. Quien no sepa rendir culto á sus antepasados no sabrá rendirle á sus descendientes. No hay pueblo ni nación alguna que entre con firme paso en la vía de un progreso propio mientras no se haya hecho una tradición. El progreso es progreso de algo, es progreso de tradición; para que avance un carro es menester carro que avance.

Allí, en Zamora, se ve la España que se va. En su mercado se asiste al más curioso museo de trajes populares á que puede asistirse en España. Allí concurren campesinos y campesinas de tierras de Sayago, Aliste, Alcañices, Sanabria, etc., cada uno con sus típicos y pintorescos trajes. Aun no ha dominado á la provincia la boina niveladora, la boina que introducida en España hacia 1833, á principios de la guerra civil de los siete años, por los «chapelgorris» ó «boinas encarnadas» guipuzcoanas, se nos entró desde Francia, y empezando por desterrar los antiguos sombreros y gorros propios del país vasco, se hizo típica de éste, y hoy lo va siendo de España toda. Y esta boina, cuya introduc-

ción en el país vasco la han conocido nuestros abuelos y hasta nuestros padres, llegó á ser algo típico, algo tradicional del vasco. Y luego que se nos hable de tradición! Y á este respecto recuerdo que viendo la teatral estatua de Iparraguirre, que se alza en el pueblo nativo del bardo guipuzcoano, en aquella actitud de tenor de zarzuela, cogiendo la guitarra como para blandirla contra alguien y con su boina, recordé haberle oído á él mismo, al viejo Iparraguirre, que en la época de sus correrías de cantor errante no gastó boina, sino ancho sombrero, tal como figura en el retrato que siendo joven de negra melena, hizo de él Bringas, el pintor bilbaíno. Pero no hay más remedio, tiene que figurar con boina, que pasa hoy por lo tradicional y típico del vasco, y malo será que no nos pinten á Legazpi, á Oquendo, á Elcano ó San Ignacio de Loyola con su boina. Y hay tantas boinas, unas materiales y de lana, y otras espirituales y de ideas.

Todo esto se me ocurría comparando con la boina niveladora y destructora del pelo, pero cómoda y sufrida, aquellas monteras de diez y siete bolsillos, ó de treinta, que pueden verse en Zamora. Y todos estos trajes, todas estas prendas, amén de multitud de objetos y enseres de formas curiosas, van perdiéndose sin que se recojan en un museo etnográfico nacional, como se hace en otros países que, más cuidadosos de su progreso, lo son también de sus tradiciones. Aquí parece que no nos interesa saber cómo se vistieron nuestros abuelos, parte importante para saber cómo vivieron. Pero es que nos interesa algo de veras?

Empecé á hablaros de Zamora, la hermosa ciudad del Duero, y he venido á hablar de porción de cosas. Y es que nada hay más sugestivo que los recuerdos seculares, nada nos despierta más la imaginación, á la vez que la templea y encalma, como una de estas viejas ciudades, poéticas porque han vivido y han sufrido.

MIGUEL DE UNAMUNO.

